

SANTOS JUNTOS.

Me complace el reflexionar sobre la santidad comunitaria, la santidad de todos, porque es la santidad de Dios en nosotros, como pueblo de Dios, como comunidad de creyentes, como comunidad consagrada a su servicio. La verdad es que renovación, participación, santidad, eclesiología de comunión, etc., son todas ellas realidades en una misma dirección, pero todo esto ha de ser contextualizado, enmarcado en un lugar y un tiempo. De todas las maneras, lo que queremos es hablar de santidad y comunidad desde san Agustín, como dinamismo de su espiritualidad eclesial y trinitaria. Tal vez hemos de ser conscientes que esta espiritualidad es nueva en el sentido de que no se ha insistido suficiente en ella, siempre parecería que hemos puesto de relieve el que cada uno ha de entenderse con Dios, independiente de los demás, pero este ser santos juntos, esta santidad comunitaria, no ha sido potenciado tanto. Lo que vamos a intentar es dejar hablar a Agustín y para ello entresacar de las obras los textos más comunitarios que fundamenten el ser juntos y santificarnos entre todos.

La llamada universal a la santidad no es nueva, lo que puede ser nuevo es el tono de esta llamada, de lo que se tratará será de poner de relieve que la santidad comunitaria ha de ser luz en y para nuestro mundo. Si cada uno somos imagen de la Trinidad y de la Caridad de Dios, el pretender tener una sola alma y un solo corazón hacia Dios, parece que es el dinamismo propio de nuestro ser. Además Dios quiere salvarnos y santificarnos como pueblo, como Iglesia.

En comunidad, con la comunidad y desde la comunidad, es como debemos encarnar los valores los agustinos, los que, por haber sido llamados juntos, caminamos por las mismas sendas que caminó él, los que hemos sido llamados en un mismo tono de voz para formar una comunidad. Es así, en comunidad, como somos llamados a la santidad viviendo la perfección del modelo de vida evangélico al estilo de la primitiva comunidad de Jerusalén. Es la santidad de las relaciones interpersonales, comunión que se celebra y se realiza en la Iglesia y que implica el compromiso de construir una sociedad fraterna y amigable.

Agustín mira el simpático icono de la comunidad como una orquesta que nos presenta un abad, dice: “Una abadía (o una comunidad religiosa) es como una orquesta, porque en ella hay de todo: violines que tocan armónicamente, instrumentos de metal que suenan de vez en cuando, el saxofón, y en una esquina el niño que sostiene el triángulo, que nadie sabe para qué sirve. En una abadía los hay dormilones, gruñones, puntuales, perezosos; los hay que se pasan de píos, gente que a todo se adapta y personas complacientes de quienes todos abusan; los hay que todo lo arreglan, entusiastas ingenuos, simples, incluso simpáticos, deprimidos; hay también monjes con problemas que necesitan que alguien se ocupe de ellos y se sirven de los más variados pretextos para ir a Pablo y a Santiago ‘para comunicarse’, como ahora suele decirse. Está el gruñón que es servicial al máximo; el que nunca protesta y el que siempre se está quejando de que nunca se le pide ayuda; el que se ha agenciado un trabajo que el abad tolera para evitar lo peor, pero que no aporta nada a la comunidad; el cantor novel, que tiene una voz estupenda, pero que deja entrever una potencia poco controlada, y si no se tiene cuidado...; el lento incorregible, el explosivo que se enfada de golpe y enseguida se arrepiente; el que busca pelea, el incomprendido; el que se indigna por todo lo que se sale de la norma

y lo manifiesta sin rubor, poniéndose así él también fuera de la norma; el que con buenas intenciones secuestra un utensilio común o un libro común ‘para uso personal’; el desordenado que nunca pone nada en su sitio...”.

1. Agustín, para decirnos lo que es la vida comunitaria ¿nos podrías presentar alguna imagen o alguna comparación para entenderla mejor, para que se nos grave y la podamos recordar con frecuencia? Bueno sí, con frecuencia he utilizado comparaciones y ejemplos, os comento algunos:

En algún momento he hablado de que la comunidad es templo de Dios, no sólo cada uno sino todos juntos somos el lugar de reposo y de culto de Dios, somos casa de Dios: “Esta es, en efecto, la casa de nuestras oraciones, pues la casa de Dios somos nosotros mismos. Si nosotros somos la casa de Dios, somos edificados en este mundo para ser dedicados al fin del mundo. Todo edificio, mejor, toda edificación, requiere trabajo; la dedicación pide alegría. Lo que acontecía aquí cuando se levantaba este edificio, sucede ahora cuando se congregan los fieles en Cristo. El creer equivale, en cierto modo, a arrancar las vigas y piedras de los bosques y montes; el ser catequizados, bautizados y formados se equipara a la tarea de tallado, pulido y ajustamiento por las manos de los carpinteros y artesanos. Sin embargo, no edifican la casa de Dios más que cuando se ajustan unos a otros mediante la caridad. Si estas vigas y estas piedras no se unen entre sí dentro de un cierto orden, si no se combinan pacíficamente, si en cierto modo no se amasen estrechándose entre sí, nadie entraría aquí. Además, cuando veis que las piedras y las vigas se ajustan bien en algún edificio, entras tranquilo sin temer que se caiga. Así, pues, queriendo Cristo el Señor entrar y habitar en nosotros, como si estuviera edificándonos, decía: *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Os doy, dijo, un mandamiento nuevo.* Eráis viejos, aún no me construía esta casa, yacía entre vuestras ruinas. Por tanto, para libraros de la vetustez de vuestra ruina amaos los unos a los otros. Considere, pues, vuestra caridad que, como fue predicho y prometido, esta casa está aún en construcción en todo el orbe de la tierra. Cuando se edificaba el templo después de la cautividad, se decía, según indica otro salmo: *Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor toda la tierra.* Las palabras: *un cántico nuevo*, equivalen a las otras del Señor: *un mandamiento nuevo*. ¿Qué tiene de peculiar el cántico nuevo sino un nuevo amor? Cantar es propio del que ama. La voz de este cantor es el fervor del santo amor” (Sermón 336, 1).

Será, por tanto, necesario construir esta morada, hacer lo posible para que el lugar sea acogedor y seguro, como puse de relieve en otro de los sermones: “También ahora, aunque aún no en la realidad que será el verle cara a cara, sino por la fe, habita Dios en nosotros. Mediante nuestras buenas obras le construimos una morada a él que así habita; esas obras no son eternas, pero conducen a la vida eterna. Entre ellas se cuenta también este esfuerzo, gracias al cual se construyó esta basílica; allí no tendremos que construir edificios como éste. Allí no se edifica nada que pueda convertirse en ruina ni entra nadie que pueda morir. Sin embargo, vuestras buenas obras sean ahora temporales para que la recompensa sea eterna. Ahora, repito, construid con amor espiritual la casa de la fe y de la esperanza; construidla con las buenas obras que no existirán allí, porque no habrá indigencia alguna. Poned, pues, como cimiento en vuestros corazones los consejos de los profetas y apóstoles; echad delante vuestra humildad cual pavimento liso y llano; defended juntos en vuestros corazones la doctrina saludable con la oración y la palabra cual firmes

paredes; iluminadlos con los divinos testimonios cual si fueran lámparas; soportad a los débiles como si fuerais columnas; protegéd bajo los techos a los necesitados, para que el Señor nuestro Dios os recompense los bienes temporales con los eternos y os posea por siempre una vez acabados y dedicados” (Sermón 337, 5).

La comunidad es también el cuerpo de Cristo, el pan de la Eucaristía, es decir, en el altar estamos nosotros, se revela el misterio de nuestra comunidad, aunque sea un texto largo me parece importante leerlo despacio y asimilarlo: “En consecuencia, si vosotros sois el cuerpo y los miembros de Cristo, sobre la mesa del Señor está el misterio que sois vosotros mismos y recibís el misterio que sois vosotros. A lo que sois respondéis con el *Amén*, y con vuestra respuesta lo rubricáis. Se te dice: «El cuerpo de Cristo», y respondes: «Amén.» Sé miembro del cuerpo de Cristo para que sea auténtico el *Amén*. ¿Por qué precisamente en el pan? No aportemos nada personal al respecto, y escuchemos otra vez al Apóstol, quien, hablando del mismo sacramento, dice: *Siendo muchos, somos un solo pan, un único cuerpo*. Comprenderlo y llenaos de gozo: unidad, verdad, piedad, caridad. *Un solo pan*: ¿quién es este único pan? *Muchos somos un único cuerpo*. Traed a la memoria que el pan no se hace de un solo grano, sino de muchos. Cuando recibíais los exorcismos, erais como molidos; cuando fuisteis bautizados, como asperjados; cuando recibisteis el fuego del Espíritu Santo fuisteis como cocidos. Sed lo que veis y recibid lo que sois. Eso es lo que dijo el Apóstol a propósito del pan. Lo que hemos de entender respecto al cáliz, aun sin decirlo expresamente, lo mostró con suficiencia. Para que exista esta especie visible de pan se han conglutinado muchos granos en una sola masa, como si sucediera aquello mismo que dice la Sagrada Escritura a propósito de los fieles: *Tenían una sola alma y un solo corazón hacia Dios*. Lo mismo ha de decirse del vino. Recordad, hermanos, cómo se hace el vino. Son muchas las uvas que penden del racimo, pero el zumo de las mismas se mezcla, formando un solo vino. Así también nos simbolizó a nosotros Cristo el Señor; quiso que nosotros perteneciéramos a él, y consagró en su mesa el misterio de nuestra paz y unidad. El que recibe el misterio de la unidad y no posee el vínculo de la paz, no recibe un misterio para provecho propio, sino un testimonio contra sí” (Sermón 272).

Esta misma idea la resalté en otro momento insistiendo en que somos lo que recibimos y hago toda una reflexión sobre el itinerario seguido hasta este momento en semejanza a lo ocurrido en el altar del Señor: “Lo que estáis viendo, amadísimos, sobre la mesa del Señor es pan y vino; pero este pan y este vino se convierten en el cuerpo y la sangre de la Palabra cuando se les aplica la palabra. En efecto, el Señor, que *era la Palabra en el principio, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios*, debido a su misericordia, que le impidió despreciar lo que había creado a su imagen, *la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros*, como sabéis, pues la Palabra misma asumió al hombre, es decir, al alma y a la carne del hombre, y se hizo hombre permaneciendo Dios. Y, puesto que sufrió por nosotros, nos confió en este sacramento su cuerpo y sangre, en que nos transformó también a nosotros mismos, pues también nosotros nos hemos convertido en su cuerpo y, por su misericordia, somos lo que recibimos. Recordad lo que era antes, en el campo, este ser creado; cómo lo produjo la tierra, lo nutrió la lluvia y lo llevó a convertirse en espiga; a continuación lo llevó a la era el trabajo humano, lo trilló, lo aventó, lo recogió, lo sacó, lo molió, lo amasó, lo coció y, finalmente, lo convirtió en pan. Centraos ahora en vosotros mismos: no existíais, fuisteis creados, llevados a la era del Señor y

trillados con la fatiga de los bueyes, es decir, de los predicadores del Evangelio. Mientras permanecisteis en el catecumenado estabais como guardados en el granero; cuando disteis vuestros nombres comenzasteis a ser molidos con el ayuno y los exorcismos. Luego os acercasteis al agua, fuisteis amasados y hechos unidad; os coció el fuego del Espíritu Santo, y os convertisteis en pan del Señor. He aquí lo que habéis recibido. Veis cómo el conjunto de muchos granos se ha transformado en un solo pan; de idéntica manera, sed también vosotros una sola cosa amándoos, poseyendo una sola fe, una única esperanza y un solo amor. Cuando los herejes⁴ reciben este sacramento, reciben un testimonio en contra suya, puesto que ellos buscan la división, mientras este pan les está indicando la unidad. Lo mismo sucede con el vino: antes estuvo en muchos cestos de vendimia, y ahora en un único recipiente; forma una unidad en la suavidad del cáliz, pero tras la prensa del lagar. También vosotros habéis venido a parar, en el nombre de Cristo, al cáliz del Señor después del ayuno y las fatigas, tras la humillación y el arrepentimiento; también vosotros estáis sobre la mesa, también vosotros estáis dentro del cáliz. Sois vino conmigo: lo somos conjuntamente; juntos lo bebemos, porque juntos vivimos” (Sermón 229, 1-2).

La comunidad es también algo semejante a un coro o a un concierto porque a través de la unanimidad y la concordia somos armoniosos y no desentonamos caminando cada uno por un camino, es más, aunque cada uno tenga su obra que realizar, es decir, tenga un instrumento distinto, todos tocamos la misma partitura y estamos afinados en el mismo tono: *“Alaben su nombre en coro. ¿Qué es un coro? Muchos saben lo que es; precisamente, como hablo en la ciudad, sin duda, casi todos lo saben. Coro es un grupo de cantores que cantan a una. Si cantamos en coro, cantemos armónicamente. Todo el que discrepa con la voz en el coro de cantores, ofende al oído y perturba el coro. Si la voz del que canta, desafinando, perturba el cántico armónico, ¿cómo no perturbará la herejía disonante la armonía de quienes alaban? El coro de Cristo ya lo constituye todo el mundo. El coro de Cristo resuena desde el oriente hasta el occidente. Pues otro salmo dice: Desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, alabad el nombre del Señor. Alaben su nombre en coro. Con tímpano y salterio le salmeen. ¿Por qué echa mano del tímpano y del salterio? Para que no alabe sólo la voz, sino también la obra. Cuando se toman el salterio y el tímpano, las manos acompañan a la voz. Esto te sucederá si, cuando cantas el aleluya, alargas el pan al hambriento, vistes al desnudo y recibes al peregrino, pues entonces no sólo sonará la voz, sino que la acompañarán las manos, porque las obras concuerdan con las voces. Tomaste el instrumento músico, y los dedos acompañan a la lengua. Tampoco ha de callarse el misterio que encierran el salterio y el tímpano. En el tímpano o tambor se extiende el cuero y en el salterio se tienden las cuerdas; en ambos instrumentos se crucifica, pues, la carne. ¡Qué bien salmeaba con el salterio y el tímpano el que decía: El mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo! Quiere que tomes el salterio junto con el timbal el que ama el cántico nuevo, el que te enseña cuando dice: El que quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. No abandone su salterio, no abandone su tímpano o tambor”* (Comentario al salmo 149, 7-8).

Dios escucha el cántico armonioso, Dios está contento de que seamos Iglesia, comunidad y le alabemos juntos, a una sola voz, honrándonos mutuamente y en común alabanza, esto engloba todo nuestro ser no sólo la voz, sino también las obras y las intenciones, así nos convertimos nosotros mismos en instrumentos armónicos:

“Alabadle con címbalos sonoros, alabadle con címbalos de júbilo. Los címbalos o platillos se golpean entre sí para que suenen; de aquí que por algunos se compararon a nuestros labios. Pero creo que debe entenderse mejor: que en cierto modo se alaba a Dios con los címbalos cuando cada uno honra a su prójimo y no a sí; y de esta manera, honrándose mutuamente, alaban a Dios. Mas para que nadie entendiese que los címbalos son instrumentos que suenan careciendo de espíritu, pienso que se añadió *con címbalos de regocijo.* El regocijo, es decir, la inefable alabanza, únicamente brota del alma. Tampoco juzgo que debe pasarse por alto lo que dicen los músicos, y es cosa evidente, que hay tres clases de sonidos, a saber: los producidos por la voz, por el soplo y por la pulsación. El producido por la voz es el que se hace mediante las fauces y la garganta, sin instrumento alguno, del hombre que canta. El producido por el soplo es el que se ejecuta mediante la flauta o algún instrumento semejante. El producido por la pulsación es el que se efectúa mediante la cítara o algún parecido instrumento. Ninguna especie de sonido se omitió aquí en el salmo. Porque la voz se da en el coro; el soplo, en la trompeta, y la pulsación, en la cítara, como si fuesen la mente, el espíritu y el cuerpo, pero comparando, no igualando. Lo que consignó de antemano: *Alabad al Señor en sus santos*, ¿a quiénes se lo dijo sino a los mismos? Y ¿en quiénes se llevó a cabo el alabar a Dios sino en los mismos? Vosotros, dice, sois sus santos y su fortaleza, pero la que El hizo en vosotros; también sois su poderío y la inmensidad de su grandeza, pero la que El hizo y manifestó en vosotros. Vosotros sois la trompeta, el salterio, la cítara, el tambor, el coro, las cuerdas, el órgano, el címbalo sonoro de regocijo de las cosas que suenan bien, porque son armónicas. No se piense aquí en nada vil, en nada pasajero, en nada cómico. Y como percibir según la carne es muerte, *todo espíritu alabe al Señor*” (Comentario al salmo 150, 8).

Puede iluminar nuestra reflexión el ejemplo que he puesto de los ciervos, porque en el fondo la vida comunitaria se parece a esta recua de ciervos que se mueven de un lado para otro en busca de pastos y tierra mejor: "Es una obligación de caridad el soportarnos mutuamente en llevar nuestras cargas... Escuchad esta bonita ilustración tomada del mundo animal. Según los entendidos en la materia, cuando los ciervos tienen que cruzar un río se organizan de tal forma que cada uno de ellos lleva sobre su espalda la cabeza del que le sigue mientras él reposa su cabeza sobre la espalda del que le precede. Y como el primero en línea no tiene a nadie delante sobre quien reposar su cabeza, su puesto es ocupado por turnos de tal manera que, después de un rato, el segundo pasa a primero y el primero a último... Así, sobrellevándose y ayudándose mutuamente, son capaces de cruzar sin peligro anchos ríos, y hasta brazos de mar, en busca de la estabilidad de la tierra firme" (De 83 diversas cuestiones 71,1). Este mismo pensamiento nos lo presenta Agustín en su comentario a los Salmos, aunque posiblemente tenga otras connotaciones, por ejemplo, la de que nadie se sienta abandonado, la de el descanso comunitario...: "Todavía hay algo más que debes notar en el ciervo. Se cuenta de los ciervos, y lo vieron algunos, pues no se narraría tal cosa de ellos a no ser comprobado, que, cuando caminan en rebaño o cuando nadando se dirigen a otras tierras, colocan sus cabezas unos sobre otros, de tal modo que uno guía; y detrás de éste sigue otro, que coloca su cabeza sobre él; a continuación, en fila, siguen otros, poniendo sus cabezas sobre el anterior, hasta el último con el que termina la recua. Cuando el primero que lleva el peso de la cabeza del siguiente se ha cansado, se dirige a la cola para que le suceda el segundo como primero, y así éste descansa de su fatiga recostando la cabeza en el último. Llevando de este modo alternativamente la carga, ejecutan el recorrido y sin abandonarse unos a otros. ¿Por ventura no habla a

ciertos ciervos el Apóstol cuando dice: Sobrellevad los unos los pesos de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo? Este ciervo fundado en la fe, que aun no ve lo que cree y que desea entender lo que ama, soporta a los adversarios no ciervos... La sed que tengo es de ir y ver el rostro de Dios: siento sed en la peregrinación, siento sed en el camino; seré saciado a la llegada" (Comentario al salmo 41, 4-5).

Estas imágenes sin duda nos sirven para comprender mejor la vida de comunidad, pero a veces las cosas no son tan fáciles, exigen perdón y convivir con las deficiencias de los otros, el ejemplo del puerco espín es claro: "En la era glacial, muchos animales morían por causa del frío. El puerco espín percibió esta situación y acordaron vivir en grupo, así se daban abrigo y se protegían mutuamente. Pero las espinas de cada uno herían a los vecinos más próximos, justamente a aquellos que les brindaban calor. Y, por eso, se separaban unos de otros. Nuevamente volvieron a sentir frío y tuvieron que tomar una decisión: o desaparecerían de la faz de la tierra o aceptaban las espinas de los vecinos. Con sabiduría, decidieron volver y vivir juntos. Aprendieron así a vivir con las pequeñas heridas que una relación muy cercana les podía ocasionar, porque lo que realmente era importante era el calor del otro y... sobrevivieron. La mejor relación no es aquella que une personas perfectas, es aquella donde cada uno acepta los defectos del otro y consigue perdón por los suyos propios".

Es verdad que las imágenes que nos has presentado creo que expresan bien lo que yo entiendo por comunidad, así la he descrito en algún sitio, fijándome en lo que has dejado escrito: "Es una comunidad de amor nacida de la gracia de Dios y consagrada al servicio divino, que vive sencilla y austeramente, donde todo se pone en común y no vale el autoritarismo y el privilegio, donde se respeta la personalidad de sus miembros y se atiende a sus necesidades, se da una relación auténtica sin murmuraciones, se comunica con la Iglesia local y se trabaja", pero, Agustín, este aspecto más doctrinal ¿tiene algún fundamento? ¿En algún momento es profundizado en la raíz y el cimiento de esta realidad? Sin duda he tratado de fundamentar la doctrina desde el punto de vista psicológico y teológico y además he resaltado las tres grandes exigencias para su construcción, como son la humildad, la comunión de bienes y la corrección fraterna. A continuación os resumo todos estos aspectos.

2. Por ejemplo he presentado el fundamento psicológico de la comunidad en la Trinidad y en la amistad. En cuanto a la Trinidad como fundamento: "¿Qué es la dilección o caridad, tan ensalzada en las Escrituras divinas, sino el amor del bien? Mas el amor supone un amante y un objeto que se ama con amor. He aquí, pues, tres realidades: el que ama, lo que se ama y el amor. ¿Qué es el amor, sino vida que enlaza o ansia enlazar otras dos vidas, a saber, al amante y al amado? Esto es verdad incluso en los amores externos y carnales; pero bebamos en una fuente más pura y cristalina y, hollando la carne, elevémonos a las regiones del alma. ¿Qué ama el alma en el amigo sino el alma? Aquí tenemos tres cosas: el amante, el amado y el amor. Réstanos remontarnos aún más arriba y buscar en las cumbres estas tres realidades, en la medida otorgada al hombre. Mas descansen aquí un momento nuestra atención, no porque juzgue que ya encontró lo que busca, sino como el que da con el lote donde es preciso buscar alguna cosa. Aun no hemos encontrado, pero hemos topado ya con el soto donde es menester buscar. Que cato baste y sirva de exordio a cuanto en lo sucesivo hayamos de entretejer" (La Trinidad 8, 10, 14).

Ciertamente hablando de la Trinidad hay que centrarse en el amor que es el que hace posible la unidad de las tres personas, pero es fijándose en nosotros, en nuestra forma de amar como podemos comprender los elementos que encierra el acto de amor. Se descubre rápidamente que la mente cuando se ama forma una tríada que nos remite a algo más profundo: “Si esto es así, fijemos nuestra atención en las tres cosas que nos parece haber descubierto en nosotros. No hablamos aún de las cosas de allá arriba, no nos referimos aún al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, sino a esta imperfecta imagen, pero al fin imagen; es decir, al hombre; estudio quizá más familiar y asequible a la debilidad de nuestra mente. Heme aquí, yo que busco, cuando amo algo existen tres cosas: yo, lo que amo y el amor. No amo el amor, sino amo al amante; porque donde nada se ama no hay amor. Luego son tres los elementos: el que ama, lo que se ama y el amor. Mas ¿qué decir si sólo a mí mismo me amo? ¿No serán entonces dos: lo que amo y el amor? Cuando uno se ama a sí mismo, el que ama y lo que ama se identifican, como se identifican también el amar y el ser amado cuando uno se ama a sí mismo. Cuando se dice que se ama y es amado por sí mismo, se repite la misma cosa dos veces. Entonces no son dos realidades amar y ser amado, como tampoco son dos cosas diferentes el amante y el amado. Mas el amor y el objeto amado son también aquí dos realidades distintas. Amarse a sí mismo no es amor, si no se ama el amor. Una cosa es amarse a sí mismo y otra amar su amor. No se ama el amor sino cuando se ama; porque cuando no se ama, no hay amor. En consecuencia, cuando uno se ama a sí mismo, hay dos realidades en él: el amor y el objeto amado. Y entonces el que ama y el amado son uno. Por consiguiente, parece ilógico decir: Dondequiera que exista el amor, hay tres realidades. Prescindamos en esta consideración de los múltiples elementos constitutivos del hombre, y a fin de poner en claro, si posible es en estas materias, el problema que nos ocupa, tratemos solamente del alma. La mente, cuando se ama a sí misma, evidencia dos cosas: la mente y el amor. ¿Qué es amarse sino un querer estar en presencia de sí mismo para gozar de sí? Y cuando quiere ser tanto como es, entonces la voluntad adecúa a la mente y el amor es igual al amante. Y si es substancia el amor, ciertamente no es cuerpo, sino espíritu; y espíritu es la mente, no cuerpo. Con todo, la mente y el amor son un espíritu, no dos espíritus; una esencia, no dos esencias; sin embargo, el amante y el amor, o dicho de otra manera, el amor y lo que se ama, son dos realidades que forman una cierta unidad, y ambas dicen relación mutua. El amante dice relación al amor, y el amor al amante. El que ama, por amor ama, y el amor pertenece a alguien que ama. Mente y espíritu son términos esenciales, no relativos. Ni por el hecho de ser la mente espíritu del hombre es mente y espíritu. Abstracción hecha de lo que es el hombre, pues lo es por la adición de su cuerpo; abstracción hecha del cuerpo, permanece la mente y el espíritu: si prescindimos del amante, no existe el amor, y desvanecido el amor, desaparece el amante. Por ende, en cuanto dicen habitud mutua, son dos realidades; en sí considerados, son un espíritu ambos, y cada uno un espíritu; cada uno es mente y los dos una mente. ¿Dónde, pues, encontrar la Trinidad? Reconcentremos nuestra atención e imploremos el eterno esplendor para que ilumine nuestras tinieblas y veamos en nosotros, en la medida que nos fuere otorgado, la imagen de Dios” (La Trinidad 9, 1, 1).

Dando un paso más, me he detenido en reflexionar sobre el conocer, ya que no se ama lo desconocido, por lo que cuando se ama la mente a sí misma, no puede por menos de conocerse a la vez y aquí he descubierto otra tríada remitente, aunque

siempre distante de la Trinidad: “Cuando la mente se ama existen dos cosas, la mente y su amor, y cuando la mente se conoce hay también dos realidades, la mente y su noticia. Luego la mente, su amor y su conocimiento son como tres cosas, y las tres son unidad; y si son perfectas, son iguales. Si la mente no se ama en toda la extensión de su ser: por ejemplo, si el alma humana se ama como se ha de amar el cuerpo, siendo ella superior al cuerpo, peca, y su amor no es perfecto. Y si se ama más allá de las fronteras del ser, es decir, si se ama como sólo Dios ha de amarse, siendo ella infinitamente inferior a Dios, peca en exceso y no se ama con amor de perfección. Y su malicia y perversidad es completa si ama a su cuerpo como sólo a Dios se ha de amar. Asimismo, si el conocimiento es inferior al objeto conocido, cuando éste es plenamente cognoscible, no es perfecto. Empero, si es más excelente, entonces la naturaleza que conoce es superior a la naturaleza conocida; así es superior el conocimiento de un cuerpo al cuerpo mismo, objeto de dicho conocimiento. El conocimiento es una especie de vida en la mente del que conoce; el cuerpo no es vida; y una vida cualquiera es siempre superior al cuerpo, no en mole, sino en virtud. Pero la mente, cuando se conoce, no es superior a su conocimiento, pues ella conoce y se conoce. Y cuando se conoce toda y ninguna otra cosa con ella, su conocimiento es igual a ella, pues cuando se conoce, su conocimiento no lo saca de otra naturaleza; y cuando totalmente se conoce y ninguna otra cosa percibe, no es ni mayor ni menor. Con razón, pues, dijimos que estas tres cosas, cuando son perfectas, son, en consecuencia, iguales” (La Trinidad 9, 4, 4).

En cuanto a la amistad como fundamento de la comunidad, en una ocasión, observando desde el mismo punto de vista natural, puse de relieve que es un bien natural y que sin él la vida no tiene sentido: “Parece que los hombres buenos brindan en esta vida no pequeños consuelos. Si la pobreza aprieta, si el luto entristece, si el dolor corporal atormenta, si acongoja, el destierro, si cualquiera calamidad angustia, hay hombres buenos que no sólo saben alegrarse con los que se alegran, sino también llorar con los que lloran, y saben hablar y conversar amablemente. Suavizan no poco las asperezas, alivian las cargas, ayudan a superar las adversidades; pero en ellos y por ellos obra aquel que los hace buenos con su Espíritu. Por el contrario, si las riquezas abundan y ninguna orfandad sobreviene, si hay salud en la carne y habitación incólume en la patria, pues en ella hay también hombres malos de quienes nada puede fiarse, de quienes se temen y soportan el fraude, el dolo, los arrebatos, las discordias y las traiciones, ¿acaso no se convierten en amargas y duras todas aquellas riquezas? ¿Acaso se encuentra en ellas parte dulce o alegre? En todos los negocios humanos, nada tiene el amigo sin el amigo. ¿Quién puede hallarse que sea tan buen amigo, que podamos tener en esta vida seguridad cierta de su intención y de sus costumbres? Como nadie se conoce a sí mismo, tampoco unos a otros se conocen; y nadie se conoce a sí mismo hasta el punto de estar seguro de su conducta en el siguiente día. Por eso, aunque muchos sean conocidos por sus obras y otros muchos alegren a los prójimos con su buena conducta, otros muchos los entristecen con la suya mala. Por esa ignorancia e incertidumbre del ánimo humano, nos amonesta justamente el Apóstol a que no juzguemos *antes de tiempo, hasta que venga el Señor, e iluminará los secretos de las tinieblas, y manifestará los pensamientos del corazón, y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dio*” (Epístola 130, 2, 4).

Mi experiencia antes de la conversión ha tenido mucho que ver con la amistad y los amigos. En Confesiones resalté lo que yo gustaba al estar con los amigos y como

se unían nuestras almas disfrutando en compañía: “Otras cosas había que cautivaban más fuertemente mi alma con ellos, como era el conversar, reír, servirnos mutuamente con agrado, leer juntos libros bien escritos, chancearnos unos con otros y divertirnos en compañía; discutir a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, y con tales disensiones, muy raras, condimentar las muchas conformidades; enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con pena y recibir a los que llegaban con alegría. Con estos signos y otros semejantes, que proceden del corazón de los amantes y amados, y que se manifiestan con la boca, la lengua, los ojos y mil otros movimientos gratísimos, se derretían, como con otros tantos incentivos, nuestras almas y de muchas se hacía una sola” (Confesiones 4, 8, 13).

Además, partiendo de la definición de amistad de Cicerón, valoré cada vez más a los que estábamos de acuerdo en las cosas humanas y divinas: “Corté, o mejor, engañé mis muchas ocupaciones, y en cierto modo me sustraje a ellas para escribirte a ti, viejo amigo mío, a quien antes no poseía, pues no te poseía en Cristo. Ya sabes cómo definió la amistad Tulio, el máximo exponente de la elocuencia romana, como dijo alguien. Dijo, y dijo con toda verdad: La amistad es un acuerdo en las cosas divinas y humanas con benevolencia y caridad. Tú, carísimo hermano, en otro tiempo estabas de acuerdo conmigo en las cosas humanas, cuando yo deseaba gustarlas al estilo vulgar. Para conseguir estas cosas de que ahora me sonrojo, tú me favorecías y tendías las velas, o más bien, entre mis otros amadores, eras de los primeros en hinchar con el viento de las alabanzas las velas de mis apetencias. En cuanto a las cosas divinas, en las que en aquel tiempo no había brillado para mí verdad alguna, nuestra amistad claudicaba en la mejor parte de la definición: había acuerdo tan solo en las cosas humanas, aunque con benevolencia y caridad, pero no en las divinas” (Epístola 258, 1).

Me parece también importante pararnos un momento y analizar y reflexionar sobre el fundamento teológico de la comunidad: “Allí alabaremos; allí todos, uno en uno, seremos uno, porque en adelante no seremos muchos dispersos” (Comentario al salmo 147, 28). Evidentemente este todos uno en el Uno es el tema de fondo del comentario que hice al Salmo de la unidad, el salmo 132, que os recomiendo vivamente que lo leáis porque está hecho desde una perspectiva monástica y que contiene una serie de matices que sólo se captan si se fija uno bien y se le ora. Pero la comunidad se fundamenta ante todo en Cristo, en el Espíritu, en el amor: “Y lo que te digo de tu madre hemos de aplicarlo al resto de la parentela: en la propia alma todos hemos de pensar en odiar el afecto privado, que sin duda es temporal, y amar en ella aquella sociedad y comunión de la que está escrito: Tenían por Dios un alma y un corazón. De esa manera tu alma no es propia, sino de todos tus hermanos; y las almas de ellos son tuyas; o mejor, las almas de ellos y la tuya no son almas, sino la única alma de Cristo” (Epístola 243, 4).

Evidentemente es el amor el que produce el milagro de la unidad, el amor del Espíritu Santo lo produce en la Trinidad y en la comunidad, esto para mí es tan evidente que lo pongo de relieve siempre que tengo ocasión y a veces incluso sin ella, pero como botón de muestra os recuerdo lo que dije comentando el Evangelio de Juan: “El amor del Espíritu Santo llega allí a tal extremo, la concordia de la unidad es tan excesiva, que a la pregunta qué es cada uno, la respuesta es: Dios; como a la pregunta qué es la Trinidad, la respuesta es igual: Dios. Porque si el

espíritu del hombre, cuando se une a Dios, es un espíritu! con El, como claramente lo dice el Apóstol: *El que se une a Dios es un espíritu con El*, ¿cuánto más el Hijo, que es igual al Padre, unido con El, es un solo Dios juntamente con Él? Oíd otro testimonio. Conocéis el gran número de los que abrazaron la fe cuando pusieron a los pies de los apóstoles el precio de todos sus patrimonios para que se distribuyese a cada uno según sus necesidades. ¿Qué dice la Escritura de aquella asamblea de santos? *Tenían, dice, una sola alma y un solo corazón en el Señor*. Si la caridad hace de tantas almas una sola y de tantos corazones un solo corazón, ¿qué grande será, pues, la caridad entre el Padre y el Hijo? Sin comparación, mayor que la que existía entre aquellos hombres que tenían un solo corazón. Si el corazón de muchos hermanos es uno por la caridad y el alma de muchos hermanos es una por la caridad, ¿osarás decir que Dios Padre y Dios Hijo son dos? Porque, si son dos Dioses, la caridad entre ellos no es suma. Porque, si aquí la caridad llega al extremo de hacer de tu alma y de la de tu amigo una alma sola, ¿cómo es posible que Dios Padre y Dios Hijo no sean allí un solo Dios?” (Comentario a Juan 14, 9).

En el mismo tono, pero más claro, encontramos otro texto en el mismo comentario al evangelio de san Juan cuando pongo en evidencia que sólo en la unidad somos vivificados y que esto es fruto de la caridad: “Por eso, dice, *las palabras que yo os digo, son espíritu y vida*. Ya dijimos, hermanos, lo que nos recomienda el Señor cuando comemos su carne y bebemos su sangre, a saber: que permanezcamos en El y que El permanezca en nosotros. Moramos en El cuando somos miembros suyos, y El mora en nosotros cuando somos templo suyo. La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad es realizada por la caridad. ¿Y cuál es la fuente de la caridad? Pregúntalo al Apóstol: *La caridad de Dios, dice, es difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado*. Luego *es el Espíritu quien vivifica*, porque el Espíritu es quien hace que los miembros tengan vida. El Espíritu sólo da vida a los miembros que encuentra unidos al cuerpo, que informa y vivifica. Porque el espíritu que existe en ti, ¡oh hombre!, y por el que eres hombre, ¿vivifica, por ventura, los miembros que del cuerpo están separados? Yo llamo espíritu tuyo a tu alma; y tu alma sólo vivifica los miembros que están unidos con tu cuerpo. Si separas uno, ya no es vivificado por tu alma, porque ya no forma parte de la unidad de tu cuerpo. Se dicen estas cosas para que nos enamoremos de la unidad y temamos la división” (Comentario a Juan 27, 6).

Es la Trinidad misma la que está presente como modelo y nos invita a la unidad y a reflejar su misma unidad, así reflexioné sobre esto en un lugar de los sermones que es ya clásico cuando hablamos de lo único necesario y que enlaza la vida de comunidad con la comunidad de Jerusalén y todo ello remitido a la unidad de la Trinidad: “Pensad en la unidad, hermanos míos, y ved que, si os agrada una multitud, es por la unidad que existe en ella. ¡Ved cuántos sois vosotros, a Dios gracias! ¿Quién podría gobernaros si no gustaseis una sola y misma cosa? ¿De dónde proviene esta calma en una multitud tan grande? Si hay unidad, hay pueblo; sin ella, una turbamulta. Pues ¿qué es una turbamulta sino una multitud turbada? Escuchad al Apóstol: *Os ruego, hermanos*—lo dice a una multitud que deseaba ver convertida en unidad—, *que digáis todos lo mismo y que no haya entre vosotros cismas, sino que estéis perfectamente unidos en el mismo pensamiento y en el mismo parecer*. Y en otro lugar: *Sed unánimes, tened un mismo sentimiento; nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria*. Y el Señor que ruega al Padre por los suyos: *Vara que todos sean uno como nosotros somos uno*. Lo mismo se lee en los Hechos de los

Apóstoles: *La multitud de los que habían creído tenían un solo corazón y un alma sola.* Por tanto, engrandeced al Señor conmigo y ensalcemos su nombre todos juntos. Una sola cosa es necesaria: aquella unidad celeste, la unidad por la que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola cosa. Ved cómo se nos recomienda la unidad. Es cierto que nuestro Dios es una Trinidad. El Padre no es el Hijo, y el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, sino el Espíritu de ambos. Y con todo, estas tres personas no son tres dioses, ni tres omnipotentes, sino un solo Dios omnipotente. La misma Trinidad es un solo Dios, porque una sola cosa es necesaria. Y a la consecución de esta única cosa sólo nos lleva el tener los muchos un solo corazón” (Sermón 103, 4).

Cuando hablo de los monjes me gusta ser realista, soy consciente de que los hay excelentes, pero también hay dentro del monasterio personas que dejan mucho que desear y que a mí, personalmente, me apenan, me entristecen profundamente, esto lo dejé escrito en uno de los comentarios a los salmos: “Ciertamente en la vida común de los hermanos que se da en los monasterios hay excelsos varones, hombres santos; por eso viven cotidianamente entregados a los cánticos, a la oración, a las alabanzas de Dios, a la lectura, trabajan con sus manos, se bastan a sí mismos, no piden nada avaramente, todo lo que se les da por los piadosos hermanos lo emplean con moderación y caridad, nadie se apropia de lo que no tenga otro hermano, todos se aman, todos se apoyan mutuamente. Alabaste, alabaste. El que ignora lo que acontece dentro, el que no sabe cómo, habiendo entrado el viento, chocan las naves en el puerto, entra confiado en la seguridad, esperando que no ha de encontrar a nadie a quien tolere; al encontrar allí a hombres malos, los cuales no podían encontrarse si no hubieran sido admitidos, y es necesario que primeramente se tolere por si acaso se corrigen, y además no pueden fácilmente ser excluidos si no son primeramente tolerados, le acontece que no puede soportarlos. “¿Quién—dice—me llamaba aquí? Yo pensaba que aquí había caridad”. Por lo mismo, conmovido por la incomodidad de pocos hombres, al no cumplir perseverantemente lo que prometió, se hace desertor de tan santo género de vida y reo del voto no cumplido. Además, al salir de allí, se convierte en censurador y maldiciente, pues dice sólo aquellas cosas que asegura no pudo soportar, siendo algunas veces ciertas. Pero las cosas verdaderas de los malos deben soportarse por la convivencia de los buenos. Pues le dice la Escritura: *¡Ay de aquellos que perdieron la paciencia!* Y lo que es peor, eructa el mal olor de la indignación, por el cual ahuyenta a los que van a entrar, porque, habiendo entrado él, no pudo permanecer. “¿Qué son ellos?—dice—. Envidiosos, picapleitos, insoportables, avaros; éste hizo esto en cierta circunstancia, y aquél lo otro”. ¡Oh malvado! ¿Por qué no hablas de los buenos? Tú pones por los suelos a quienes no pudiste tolerar y no hablas de los que a ti te toleraron” (Comentario al salmo 99, 12).

Por otra parte tenemos que tener en cuenta que el amor a Dios y el amor al prójimo son los dos aspectos que hay que poner en evidencia, pero el uno no puede estar sin el otro, aunque aparentemente sólo se nombre a uno, están los dos unidos, así lo dije comentando la epístola a los Gálatas: “Puede también preguntarse por qué el Apóstol conmemoró aquí sólo el amor del prójimo, con el cual dijo que se cumple la ley; al parigual que, escribiendo a los romanos, al tratar de la misma cuestión, dice: *El que ama al prójimo cumple la ley; porque no adulterarás, no cometerás homicidio, no robarás, no codiciarás, y si hay algún otro mandato, se recapitula en estas palabras: amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor del prójimo no obra*

el mal. La plenitud de la ley es la caridad, siendo así que la caridad sólo es perfecta cuando se basa en los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo. ¿Por qué conmemoró el Apóstol en ambas epístolas únicamente el amor del prójimo, si no fue porque, tocante al amor de Dios, pueden mentir los hombres, ya que le prueban con escasas tentaciones, y en el amor al prójimo con facilidad se convencen no tenerlo al obrar inicuiamente con los hombres? Es natural que quien ama a Dios con todo el corazón, con toda la mente y con toda el alma, ame también a su prójimo como a sí mismo, porque esto lo manda Aquel a quien ama con todo el corazón, con toda la mente y con toda el alma. Y ¿quién puede amar al prójimo, es decir, a todo hombre, como a sí mismo, si no ama a Dios, con cuyo precepto y don puede cumplir el amor del prójimo? Luego, como ambos preceptos sean de tal cualidad que no puedan observarse uno sin otro, asimismo muchas veces es suficiente conmemorar uno de ellos cuando se trata de obras de justicia; pero más conveniente se conmemora aquel sobre el cual todos se convencen con más facilidad” (Comentario a Gálatas 45).

La comunidad es una realidad dinámica, no se ha construido de una vez para siempre y es que el dinamismo de la comunidad la lleva a estar en camino hacia Dios, siempre cercano y más allá de nuestro punto de llegada, en ese sentido, no nos podemos parar en una unidad ya conquistada, sino que siempre hay que ir más allá y lo más bonita es lo que queda por descubrir, lo que queda por vivir, lo que genera nuestra esperanza: “Se llamó así al tomar el nombre que declara lo que significa, pues Sión significa *observación*, es decir, visión y contemplación. Observar es mirar atentamente, o considerar con detención, o poner la atención sobre una cosa para ver. Toda alma es Sión si intenta ver la luz que debe ser vista, ya que, si se dirige a ver la suya, se entenebrece; pero, si se encamina a ver la de Dios, se ilumina. Como es evidente que Sión es la ciudad de Dios, no lo es menos que la ciudad de Dios es la santa Iglesia. Pues los hombres que se aman mutuamente y que aman a su Dios, que habita en ellos, constituyen la ciudad de Dios. Pero como la ciudad se regula o mantiene por la ley, la misma ley de ellos es la caridad, y la caridad de Dios, pues claramente se escribió: *Dios es caridad*. Luego quien está lleno de caridad, está lleno de Dios, y los muchos llenos de caridad constituyen la ciudad de Dios, y esta ciudad de Dios se llama Sión. Luego la Iglesia es Sión. En ella es grande Dios. Permanece tú en ella, y todo en ti será Dios. Cuando estuviese Dios en ti, porque te hiciste de Sión, miembro de Sión, ciudadano de Sión que pertenece a la comunidad del pueblo de Dios, Dios será excelso en ti sobre todos los pueblos, sobre los que se aíran o sobre los que se airaban” (Comentario al salmo 98, 4).

La felicidad de los que estamos en camino es siempre una felicidad en esperanza, una felicidad suspendida, del sí pero todavía no en plenitud; así lo he explicado en este texto de la ciudad de Dios: “Siendo, pues, el sumo bien de la ciudad de Dios la paz eterna y perfecta, no esta que atraviesan los mortales entre el nacimiento y la muerte, sino en la que permanecen una vez inmortales y libres de todo padecimiento, ¿quién hay que niegue que esa vida será muy dichosa, o que no estime, en su comparación, misérrima ésta, por más llena de bienes anímicos, corporales o externos que esté? Y, sin embargo, quien se conduce de tal forma que refiere el uso al fin de aquella que ardentísima y fidelísimamente espera, puede llamarse con razón feliz en este mundo, más, en verdad, por la esperanza que por la realidad. La realidad presente, sin aquella esperanza, es una felicidad falsa y una auténtica miseria, porque no usa de los verdaderos bienes del espíritu. No es verdadera sabiduría la que en estas cosas, que discierne con prudencia, soporta con

fortaleza, reprime con templanza y ordena con justicia, no se propone el fin supremo, en que será Dios todo en todas las cosas por una eternidad cierta y una paz perfecta” (La ciudad de Dios 19, 20). Y un poco más adelante, en el mismo libro, lo dije con más contundencia: “¡Cuánta será la dicha de esa vida, en la que habrá desaparecido todo mal, en la que no habrá bien oculto alguno y en la que no habrá más obra que alabar a Dios, que será visto en todas las cosas! No sé qué otra cosa va a hacerse en un lugar donde no se dará ni la pereza ni la indigencia. A esto me induce el sagrado Cántico, que dice: *Bienaventurados los que moran en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán*. Todas las partes del cuerpo incorruptible, destinadas ahora a ciertos usos necesarios a la vida, no tendrán otra función que la alabanza divina, porque entonces ya no habrá necesidad, sino una felicidad perfecta, cierta, segura y eterna. Todos los números de la armonía corporal, de que he hablado y que se nos ocultan, aparecerán entonces a nuestros ojos maravillosamente ordenados por todos los miembros del cuerpo... El premio de la virtud será el Dador de la misma, que prometió darse a sí mismo, superior y mayor que el cual no puede haber nada. ¿Qué significa lo que dijo por el profeta: *Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo*, sino: Yo seré el objeto que colmará sus ansias, yo seré cuanto los hombres pueden honestamente desear: vida, salud, comida, riqueza, gloria, honor, paz y todos los bienes? Este es el sentido recto de aquello del Apóstol: *A fin de que Dios sea todo en todas las cosas*. El será el fin de nuestros deseos, y será visto sin fin, amado sin hastío y alabado sin cansancio. Este don, este afecto, esta ocupación, será común a todos, como la vida eterna” (La ciudad de Dios 22, 30, 1).

3. La comunidad es una cosa exigente, no se construye sin esfuerzo. Reflexionando sobre esto siempre he querido dejar claro que la humildad, la comunión de bienes y la corrección fraterna son tres elementos imprescindibles, tres exigencias para el buen funcionamiento de la vida común.

Comenzando por la humildad como una de las exigencias, en uno de los sermones lo deje claro, cuando dije: “Pon atención a lo que quiere decir la Escritura, por si tal vez nos indica algo que esté claro a una mejor comprensión. *El justo*, dijo, *me corregirá con misericordia*. Quien reprende, aunque hiera, ama; el adulador engaña; aquél se compadece, éste te envuelve. Dura es la vara de quien hiere, y suave el óleo de quien halaga; mas he aquí que todos los aduladores ungen la cabeza, pero no sanan el corazón. Ama a quien te reprende, guárdate del adulador; pues, si amas a quien te reprende con verdad y te guardas de quien te adula con falsedad, puedes proclamar lo que se cantó: *El justo me corregirá y me reprenderá con misericordia, pero el óleo del pecador*, es decir, los halagos del adulador⁵, *no ungirá mi cabeza*. Cabeza pingüe equivale a cabeza grande, y cabeza grande, a cabeza soberbia. Mejor es un corazón sano que una cabeza grande; pero un corazón sano lo hace la vara del que corrige; la cabeza grande, en cambio, el óleo del pecador, es decir, la lisonja del adulador” (Sermón 266, 8). El ejemplo de vivencia de la humildad es el mismo Señor que tenía que curar nuestra hinchazón y no encontró otra manera que su humildad: “Vosotros sabéis, hermanos, por ser discípulos fieles de Cristo y también por encarecéroslo a menudo en nuestras pláticas, que la humildad del Señor es la medicina de la soberbia del hombre. El hombre no habría, en efecto, perecido de no haberse ensoberbecido; porque, como dice la Escritura, *la soberbia es principio de todo pecado*; y al principio de todo pecado fue necesidad oponer el principio de toda justicia. Siendo, por tanto, la

soberbia principio de todo pecado, ¿qué medicina podría sanar la hinchazón del orgullo, si Dios no se hubiera dignado hacerse humilde? ¡Avergüéncese de ser soberbio el hombre, pues humilde se hizo Dios! Dícese al hombre se humille, y lo tiene a menos; y ese querer los hombres vengarse cuando se los afrenta, ¿no es obra de la soberbia? Tienen a menos abajarse, y quieren vengarse, como si alguien sacara provecho del mal ajeno. El ofendido e injuriado quiere vengarse; hace del ajeno daño su medicamento, cuando lo que gana es un cruel tormento. Por eso, el Señor Cristo se dignó humillarse en todas las cosas, para mostrarnos el camino; ¿nos despreciaremos por andarlo?” (Sermón 123, 1).

El camino que presenté para vivir la humildad, para no hincharnos, es reconocer lo que nos falta y pedirselo a Dios, porque junto con eso se nos dará también la humildad: “Debéis pensar más en lo que aún os falta que en cuanto ya tenéis. Cuídate de no perder lo que tienes; lo que aún no tienes pídeselo a Dios para tenerlo. Has de pensar en cuántas cosas eres menor, no en cuántas eres mayor. Si piensas en cuánto aventajas al otro, teme el tumor; si, en cambio, piensas en cuánto te falta todavía, gimes; y al gemir eres curado, te harás humilde, caminarás más seguro, no te despeñarás, no te inflarás... ¿Para qué exhortaros a *lo* que ya sabéis, traeros a los ojos lo que no sabéis, si hay que guardarse de la ciencia para que no infle? Amad, pues, la ciencia, pero anteponedle el amor. La ciencia, si está sola, infla; mas como *el amor edifica*, no permite que la ciencia se infle. Así, pues, la ciencia infla allí donde el amor no edifica; y donde edifica, allí hay solidez. No hay hinchazón donde está la roca como cimiento” (Sermón 354, 5-6). Pobres y ricos son iguales, ambos viven y mueren y a ambos se les recomienda que no se dejen poseer por nada: “Reconozcan que los pobres son sus iguales; los hombres pobres son también hombres; el vestido es distinto, pero la piel es idéntica; y aunque al rico le entierren envuelto en aromas, no por eso dejará de tener lugar la corrupción, aunque tarde más; tardará más en corromperse, pero ¿no se corromperá acaso? Mas supongamos que uno de los dos no se corrompe; en todo caso, uno y otro carecen de sensibilidad. *Ordena a los ricos de este mundo que no sean soberbios*. No sean soberbios y entonces serán verdaderamente como desean ser considerados. Si no las aman, poseerán las riquezas sin ser poseídos por ellas” (Sermón 177, 7).

Pobreza de espíritu y humildad se dan la mano y son equivalentes a la hora de la verdad, de hecho, hablando de los pobres de espíritu frecuentemente los he identificado con los humildes: “¿Quiénes son *los pobres de espíritu*? No los pobres en riquezas, sino en deseos. El que es pobre en espíritu, es humilde; y Dios escucha los gemidos de los humildes y no desecha sus súplicas. La primera recomendación que hizo el Señor en el sermón de la montaña fue la humildad, es decir, la pobreza. Puedes encontrar un hombre piadoso con abundancia de bienes terrenos, pero no hinchado de soberbia. Puedes encontrar a otro hombre necesitado, que carece de todo y pone su reposo en las cosas que son nada. No tiene éste más esperanza que aquél. Aquél es, en efecto, pobre en espíritu porque es humilde; éste, por el contrario, es pobre, pero no en espíritu... Ninguna cosa hay que engendre la soberbia tan fácilmente como las riquezas. Si el rico no fuera soberbio, pisotearía las riquezas y pendería de Dios. El rico soberbio no posee, sino que es poseído. El rico soberbio es semejante al diablo. Si no tiene a Dios, ¿qué tiene el rico soberbio?... Amas lo que posees; ponlo en un lugar más seguro para no perderlo. Si amas las riquezas, quienquiera que seas, con seguridad toda tu preocupación consistirá en no perder lo que posees. Escucha un consejo de tu Señor. No tiene seguridad este lugar

de la tierra; traspasa todo al cielo. Querías confiar a tu fidelísimo siervo lo que habías acumulado; ¡confíalo más bien a tu Señor! Tu siervo, aunque te sea fiel, puede perderlo involuntariamente; pero tu Dios nada puede perder. Todo cuanto le confíes lo tendrás junto con él cuando le tengas a él” (Sermón 53 A, 2 y 4-5). Cómo podemos distinguir las obras de la caridad y las de la soberbia sino es mirando al interior y observando la intención, porque hemos de reconocer que en apariencia son semejantes las obras de la una y de la otra: “Ved cuántas obras ejecuta la soberbia. Considerad cuan semejantes y como iguales a la caridad. La caridad alimenta al hambriento; también la soberbia; la caridad, para alabar a Dios; la soberbia, para alabarse a sí misma. Viste la caridad al desnudo, también la soberbia le viste. Ayuna la caridad, ayuna también la soberbia. La caridad entierra a los muertos, también la soberbia. Todas las obras buenas que quiere hacer y hace la caridad las fustiga la soberbia contra la caridad, y como pretende conducir sus bridones. Pero interiormente está la caridad; desplaza del lugar a la soberbia funestamente agitada; ved que no desplaza a la que funestamente agita, sino a la que en sí funestamente está agitada. ¡Ay del hombre que tiene a la soberbia por auriga! Necesariamente será arrastrado al precipicio. ¿Quién puede saber, quién puede ver si es o no la soberbia la que estimule las obras buenas? ¿Cómo lo sabemos? Veamos las obras. La misericordia da de comer; también la soberbia. La misericordia intercede por el pobre; también la soberbia intercede. ¿Qué es esto? No las distinguimos por las obras” (Comentario a la epístola de Juan 8, 9).

En cuanto al compartir los bienes, es evidente que si nos queremos, si formamos comunidad, todo ha de ser de todos y, antes que nada, los bienes materiales. Sabemos Agustín que esta es para ti una doctrina segura, sabemos que la comunión de bienes es el primer requisito de la comunidad de vida, ¿puedes resumirnos esta doctrina y presentarnos las líneas generales? Además de en los sermones 355 y 356, he hablado de ello en otros muchos momentos, os recuerdo algún texto significativo: “¡Cuántos miles, hermanos míos, creyeron cuando colocaron a los pies de los apóstoles el precio de sus bienes! ¿Y qué dice de ellos la Escritura? que se hicieron ciertamente templos del Señor; no sólo se hizo cada uno de por sí, sino también todos ellos juntos se hicieron templo de Dios. Luego hicieron un lugar al Señor. Para que sepáis que se hizo al Señor un lugar en todos, dice la Escritura: *Había en ellos una sola alma y un solo corazón en Dios*. Muchos, para no hacer un lugar a Dios, buscan, aman sus cosas, se gozan de su propio poder, anhelan su interés. El que quiere hacer un lugar al Señor no debe alegrarse de su propio bien, sino del común. Los primeros cristianos hicieron comunes sus cosas propias. ¿Por ventura perdieron lo propio? Si hubieran poseído lo suyo y cada uno hubiera tenido lo propio, sólo tendrían lo que cada uno tenía; pero, al hacer común lo que era particular, también las cosas de los demás se hicieron de él. Atienda vuestra caridad. De las cosas que cada uno posee dimanan las riñas, las enemistades, las discordias, las guerras entre los hombres, los alborotos, las mutuas disensiones, los escándalos, los pecados, las iniquidades y los homicidios. ¿De qué cosas? De las que cada uno posee en particular” (Comentario al salmo 131, 5). En otro lugar he hablado del amor propio como aquel que nos priva de algo mayor y, por tanto, que hay que dejar de lado: “*La raíz de todos los males es la avaricia*, si por avaricia entendemos en general el acto por el que cada uno apetece algo más de lo que le conviene, llevado de su propia excelencia y de cierto amor propio, al que sabiamente la lengua latina le dio el nombre al llamarle (*privatum*) privado, cuya palabra resalta más bien el menoscabo que el incremento. Toda privación hace disminuir, y así, desde el momento que

cualquiera quiere sobresalir por la soberbia, cae en las angustias y en la miseria, puesto que del amor común le conduce al propio y funesto amor de sí mismo... En efecto, no serían los hombres amantes de las riquezas si no se creyeran por ellas tanto más excelentes cuanto más ricos son. La caridad que no busca su propio interés, es decir, que no se alegra de la propia excelencia y, por lo tanto, con razón no se envanece, es contraria a esta enfermedad” (El Génesis a la letra 11, 15, 19).

La santidad de la relación parece que es muy importante ya que es un pilar de la realidad del Cristo Total, ¿qué nos puedes decir Agustín en este sentido? Cuando he hablado de la necesidad de querer que todos sean iguales a nosotros, he señalado con bastante claridad este aspecto: “Debes querer que todos los hombres sean iguales a ti; si sobrepasas a alguno en prudencia, debes desear que él sea también prudente. Mientras es rudo, aprende de ti; mientras es indocto, necesita de ti, y tú aparecerás como maestro, él como discípulo. Tú eres superior porque eres maestro; él inferior, porque es discípulo. A no ser que desees que sea igual a ti, siempre querrás tenerle de aprendiz. Si quieres tenerle siempre de aprendiz, serás doctor envidioso. Si eres envidioso, ¿cómo serás doctor?” (Comentario a la epístola de Juan 10, 8). Dando un paso más siempre he invitado a todos a ser para los demás, a ser servidores y auténticos en medio de un mundo que busca sus intereses y es descreído. Me preocupaba que los cristianos fuesen auténticos: “Ahora hablo a los cristianos auténticos. Si es distinta vuestra fe, vuestra esperanza y vuestro amor, vivid diversamente y probad con vuestras diversas costumbres la diversidad de vuestra fe, vuestra esperanza y vuestro *amor*” (Sermón 198, 3). Es evidente que la santidad comunitaria es don y tarea, porque en la medida en que compartimos la comunión divina, se hace presente en y entre nosotros Dios-comunión, la misma Trinidad. Suele ocurrir que todos queremos la comunión pero no siempre asumimos la tarea de construirla.

Dentro de la tarea de la construcción y el crecimiento de la comunidad encontramos un elemento importante como es la corrección fraterna. ¿Puedes, Agustín presentarnos algunos indicadores para la práctica de la corrección fraterna? Dado que la corrección no pretende herir sino sanar, sacar de una postración, el presupuesto esencial será también la caridad: “Si queréis conservar la caridad, hermanos, ante todo no penséis que es cosa vil y desidiosa, ni penséis que ha de conservarse con cierta parsimonia; es más, sin moderación, con descuido y decaimiento. No se guarda así. No pienses que amas a tu siervo cuando no le castigas, o que amas a tu hijo cuando no le azotas, o que amas a tu prójimo cuando no le corriges. Esta no es caridad, sino desidia. Obre la caridad con vehemencia al corregir, al castigar. Si se trata de buenas obras, agraden; si de malas, se enmienden, se corrijan. No ames el error en el hombre, sino al hombre; pues Dios hizo al hombre, y el hombre el error. Ama lo que hizo Dios y no ames lo que hizo el hombre. Cuando amas al hombre, destruyes el error; cuando le favoreces con tu amor, le corriges. Esto sucede aunque alguna vez te muestres severo con él por el amor de la corrección” (Comentario a la epístola de Juan 7, 11).

Dios desea la conversión del pecador, no su muerte. Dios corrige al que ama y sabe perfectamente conjugar misericordia y justicia, hemos de aprender a actuar como lo hace Dios: “Los hombres todos de aquel reino serán adoctrinados por Dios, no por los hombres. Y si lo oyen de los hombres, sin embargo, lo que entienden se les comunica interiormente, e interiormente brilla, e interiormente se les descubre.

¿Qué hacen los hombres cuando hablan exteriormente? ¿Qué estoy haciendo, pues, yo ahora cuando hablo? No logro más que introducir en vuestros oídos ruido de palabras. Luego, si no lo descubre el que está dentro, ¿qué Vale mi discurso y qué valen mis palabras? El que cultiva el árbol está por de fuera; es el Creador el que está dentro. El que planta y el que riega trabajan por de fuera; es lo que hacemos nosotros. *Pero ni el que planta es algo ni el que riega tampoco; es Dios, que es el que da el crecimiento.* Este es el sentido de estas palabras: *Todos serán enseñados por Dios.* ¿Quiénes son esos todos? *Todo el que oye al Padre y aprende de Él, viene a mí.* Murad la manera de atraer que tiene el Padre; es por el atractivo de su enseñanza, llena de delectación, y no por imposición violenta alguna; ése es el modo de su atracción” (Comentario a Juan 26, 7).

También en este caso es bueno y necesario aplicar la célebre expresión odio al pecado y amor al pecador, es decir, también en cuanto a la corrección fraterna es necesario humanizar las relaciones, ser humanos y apostar por lo humano: “Si escuchas a tu prójimo como te escuchas a ti mismo, de seguro que perseguirás los pecados y no al pecador. Pero si alguno, quizá apartado del temor de Dios, es contumaz en corregir sus pecados, has de intentar perseguir, corregir y trabajar por arrancar esta contumacia de su corazón para salvar al hombre condenado al pecado. Aquí aparecen dos nombres: hombre y pecador. Dios hizo al hombre, y el mismo hombre se hizo a sí mismo pecador. Perezca aquello que hizo el hombre y sea salvado aquello que hizo Dios⁶. Pero no lo persigas hasta la muerte, no sea que, persiguiendo el pecado, llegues a perder al hombre. No llegues a matar, por si alguno se arrepiente; no se destruya al hombre, por si se arrepiente y se enmienda. Manteniendo firme el hombre este amor a los hombres, sea juez en la tierra. Busca atemorizar, pero ama. Sé cruel solamente para el pecado, no para el hombre. Arranca de él lo que te desagrade a ti, pero no destruyas al que como tú fue creado. Procedéis de la misma fábrica, tenéis un mismo Artífice, un mismo barro es vuestra primera materia. ¿Qué pierdes no amando al que juzgas? Pierdes la justicia no amando a quien juzgas. Que se apliquen los castigos; no lo prohíbo ni lo rechazo, pero con espíritu de amor, de caridad y de corrección” (Sermón 13, 8).

Ni qué decir tiene que el fundamento antropológico de la corrección es también la humildad, como en tantos otros aspectos de la vida, la humildad sirve de cimiento y basamento imprescindible. Siempre hemos de tener presente que somos vasos de barro en manos del alfarero: “Prosigue el Señor diciendo: *¿o cómo dices a tu hermano: deja que yo saque esa paja de tu ojo, mientras tú, mismo tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás cómo has de sacar la paja, del ojo de tu hermano;* es decir, disipa primero el odio de vuestra alma, y después podréis ya corregir a aquel que amáis; y con razón llama hipócrita al que así procede. Porque es ministerio propio de hombres justos y benévolos reprender los vicios; y, haciendo esto los malos, usurpan una representación ajena, como los comediantes, que ocultan bajo una careta lo que son y aparecen como un personaje que no son; bajo el nombre de hipócritas, en consecuencia, se comprenden los hombres simuladores. Y es verdaderamente terrible y molesto aquel género de simuladores que, al tomar con odio y malignidad la increpación de todos los vicios, quieren aparecer también como sabios consejeros. Y por eso nosotros debemos proceder con piedad y prudencia, de modo que, cuando la necesidad nos obligue a reprender o castigar a alguno, examinémonos primero si ese vicio es de tal naturaleza que nunca le tuvimos nosotros, o si es de aquellos de que ya nos hemos

librado; y, si nunca lo tuvimos, pensemos que somos hombres y pudimos tenerlos; mas, si los hemos tenido y ahora estamos libres de ellos, acordémonos con indulgencia de la común debilidad, a fin de que nuestra reprensión o nuestro castigo no sean inspirados por el odio, sino por la compasión. De suerte que, ya sea que nuestro aviso aproveche para la enmienda del culpable, ya sea que con ello se pervierta más, pues el resultado es incierto, nosotros, sin embargo, estemos seguros de la sencillez de nuestro ojo o rectitud de nuestra intención. Mas, si reflexionando encontramos que nosotros tenemos el mismo defecto que nos disponíamos a reprender, no reprendamos ni castigemos; pero, no obstante, gimamos con el culpable e Invitémosle, no a ceder a nuestras amonestaciones, sino a emprender juntamente con nosotros la enmienda” (El sermón de la montaña 2, 19, 64).

Creo que no es fácil la tarea de la corrección, y que es necesario tener valor para corregir, es necesario amar con sinceridad a la persona que corriges, por eso como complemento de la corrección está siempre la oración, orar por el que ves que ha caído y ponerlo en las manos de Dios siempre, encomendarlo a Dios: “¿Era por ventura malo el bocado que a Judas dio el Señor? No. El médico no iba a dar al enfermo un veneno. Pero, como lo recibió indignamente, lo recibió para su condenación, porque lo recibió como traidor. Lo mismo sucede con el que se bautiza. Yo he recibido ¡el bautismo, dice. Yo te confieso que sí, que lo tienes, pero considera bien lo que tienes, porque esto mismo ¡que tienes será tu condenación. ¿Por qué? Porque tienes los dones de la paloma sin la paloma. Si tuvieses los dones de la paloma y a ella misma también, no tendrías nada que temer. Haz la hipótesis de que eres militar. Si llevas la marca de tu emperador y te mantienes en unión con él, combates con seguridad; pero, si la llevas separado de él, esa señal no sólo no te servirá de nada para combatir, sino que frecuentemente por ella serás castigado como desertor. Ven, pues, ven y no digas: Ya lo tengo, esto me basta ya. Ven, te llama la paloma; con sus gemidos te llama. Os hablo a vosotros, mis hermanos: llamad ¡con gemidos, no con discusiones; llamad con oraciones, con invitaciones amorosas; llamad con ayunos. Así verán que es la caridad la que os inspira compasión de ellos. No dudo, mis hermanos, que, si ven vuestro dolor, se cubrirán de confusión y resucitarán. Ven, pues; ven, no temas: teme si no vienes. Mejor, no temas, sino llora. Ven, te alegrarás si vienes. Caminarás, sin duda, en las tribulaciones de la peregrinación; pero saltarás de gozo con la esperanza. Ven a donde está la paloma, de la que se dice: *Mi paloma es única, y es mi única madre*. Sobre la cabeza de Cristo ves una paloma. ¿No ves las lenguas en el mundo entero? La paloma y las lenguas son signo del mismo Espíritu” (Comentario a Juan 6, 15). La corrección, por tanto, es un deber sujeto a la caridad y a la exigencia de mantener la paz en la comunidad.

SANTOS JUNTOS

1. Imágenes de la comunidad: Templo de Dios → Sermón 336, 1
 Construir esta morada → Sermón 337, 5
La comunidad Cuerpo de Cristo → Sermón 272
Comunidad y eucaristía → Sermón 229, 1-2
La comunidad como un coro → Comentario al salmo 149, 7-8
 Alabemos juntos a Dios → Comentario al salmo 150, 8
La vida comunitaria y los ciervos → Comentario al salmo 41, 4-5

2. La comunidad se funda en la Trinidad y en la amistad
La Trinidad como fundamento → La Trinidad 8, 10, 14
 Centrarse en el amor → La Trinidad 9, 1, 1
Se ama lo conocido → La Trinidad 9, 4, 4
Fundada en la amistad → Epístola 130, 2, 4
 Estar con los amigos → Confesiones 4, 8, 13
 Estar de acurdo → Epístola 258, 1
La comunidad se fundamenta en Cristo → Epístola 243, 4
 En el amor → Comentario a Juan 14, 9
En la unidad somos vivificados → Comentario a Juan 27, 6
La trinidad nos invita a la unidad → Sermón 103, 4
En la comunidad hay buenos y malos → Comentario al salmo 99, 12
 Amar a Dios y al prójimo → Comentario a Gálatas 45
La comunidad realidad dinámica → Comentario al salmo 98, 4
 La felicidad es en esperanza → La ciudad de Dios 22, 30, 1

3. Humildad, comunión de bienes y corrección fraterna
La humildad → Sermón 123, 1
 Pobreza de espíritu y humildad → Sermón 53 A, 2 y 4-5
Compartir los bienes → Comentario al salmo 131, 5
Corrección fraterna → Comentario a la carta de Juan 7, 11
 Dios corrige al que ama → Comentario a Juan 26, 7
Ser humildes para corregir → Sermón de la montaña 2, 19, 64
 Es un deber de caridad → Comentario a Juan 6, 15.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Eres consciente de que estás llamada a la santidad? ¿Qué entiendes por ello?
2. ¿Puedes decir que vas progresando en la santidad o estás atascada?
3. Santidad y vivencia de las bienaventuranzas. ¿Cómo estás encarnando las bienaventuranzas en el día a día?